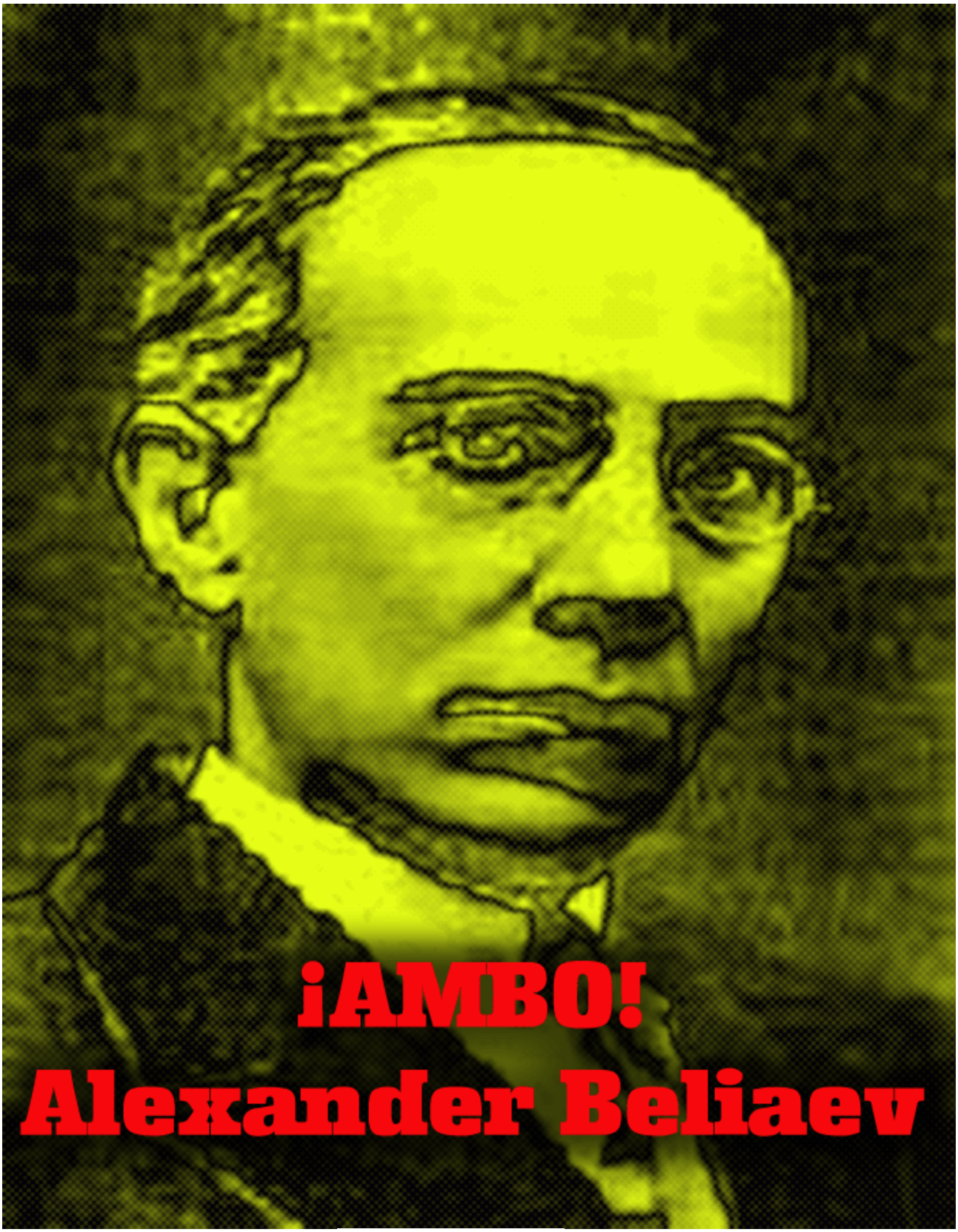
¡AMBO!

Alexander Beliaev



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1. Cena de gala

Recuerdo que en la infancia tuve serias discrepancias con mi amigo Kolia Bibikin y casi llegarnos a romper la amistad que nos unía ya dos años. Kolia quería convencerme de que nos fugáramos a América para combatir contra los indios, pero yo no quería oír hablar más que de «Abesinia».

—Primero, no se dice «Abesinia» sino «Abisinia» —me enmendó Kolia.

—Segundo, se escribe de las dos maneras. Pero yo creo más acertado escribir y pronunciar «Abesinia», ya que esta palabra procede del viejo nombre local del país, Habes —le objeté con la erudición de un verdadero científico. Había leído un librito acerca de este lejano país y había quedado encantado.

—Pero, ¿por qué has elegido Abesinia precisamente? —insistía Kolia.

—Porque Abesinia es, primero, un ambo ¿Sabes lo que es un ambo?

Kolia asintió con la cabeza y dijo:

—Mi padre decía que ambo es la exclamación que se suele decir cuando en el juego de la lotería ganan dos números de una misma combinación.

Solté una desdeñosa carcajada y le aclaré:

—Ambo se llama en Abesinia a una elevada meseta con pendientes tan escarpadas que los habitantes se encaraman a ella con escaleras y luego suben el ganado con cuerdas. ¿Comprendes qué interesante es? Escoges un buen ambo inaccesible y te subes a vivir en él como si fuera una isla en el aire. O podemos ocupar dos ambos, tender entre ellos, a través del hondo cañón, una escalera de cuerda y visitarnos mutuamente. El viento soplará en el desfiladero, y la escala se bamboleará de aquí para allá de allá para aquí.

—¿Y los indios? —me interrogó Kolia, empezando quizás a ceder; pero le costaba trabajo abandonar su proyecto.

—En Abesinia también hay tribus salvajes y bandidos muy feroces. Puedes pelear contra ellos.

—Bueno, lo pensaré...

—No puedes imaginarte lo bonito que es eso —seguí yo, entusiasmándome más y más—. Abesinia es como Suiza. Aún mejor. Abesinia es cincuenta veces mayor que Suiza y mucho más bonita. Es una hermosa isla rodeada de un mar de arenas y pantanos. Es el tejado de África. Un parque maravilloso. Por todas partes hay prados con bosques sombreados. Y no es siquiera un solo parque, sino centenares de parques con distinta vegetación. Abajo, caña azucarera, bambú, algodoneros y frutas tropicales; un escalón más arriba, cafetales, y más arriba aún, trigales como los nuestros. ¿Te gusta el café? ¿Y no sabes por qué se llama «café»? Caffa es una provincia de Abesinia, donde crecen los preciosos árboles del café. De allí recibimos el mejor café. Allí hay hipopótamos, hienas, leopardos y leones. Y las aves son tantas, que no te da tiempo a disparar. ¿Sabes también? El dinero allí es muy original. Está hecho de barras finas de sal de medio metro de largas. Así es la moneda de ellos. Si la barra se agrieta, o se descascara, o suena mal, no la toman. Y cuando la gente se encuentra en el camino, se obsequia mutuamente, partiendo un trocito de sal, como entre nosotros se convida un cigarrillo. Cada cual se come el trocito de sal, da las gracias y sigue su marcha. Pero no te he dicho aún lo más importante. Allí tú y yo serviríamos en el ejército. Te lo aseguro. Allí toman al servicio a los chiquillos de nueve años y los hacen *subsoldados*. El chiquillo lleva el fusil delante del soldado, lo limpia, cuida del caballo o del mulo y camina a pie kilómetros y kilómetros.

Kolia se dio por vencido. Se quedó pensando, sacudió la cabeza y dijo:

—Pues sí, habrá que pensarlo...

Poco después Kolia Bibikin se fue de nuestra ciudad con sus padres, y yo, a pesar de todo, realicé mi sueño, si bien con veinte años de retraso. A decir verdad, por entonces me aficioné a los esquís y me olvidé enseguida de Abesinia. Y no me volví a acordar de ella hasta que me propusieron, como investigador de la Academia de Ciencias y joven meteorologista «que prometía mucho», tomar parte en una de las expediciones que iban a diversos puntos del globo terrestre para hacer observaciones.

Hasta hace muy poco, los pronosticadores del tiempo tenían la reputación de embusteros declarados. «Sus pronósticos hay que entenderlos al revés», decía irónicamente la gente. Y tenía razón en parte, pues los meteorologistas se equivocaban muy a menudo. Pese a los mapas meteorológicos y a la información telegráfica reciproca, en el último momento surgían ciclones imprevistos que tiraban por tierra todos los pronósticos.

Sólo hacía relativamente poco tiempo los meteorólogos habían decidido establecerse en los mismos focos de la «producción» del tiempo.

—¿Adónde querría usted ir? —me interrogaron—. ¿A Islandia, la patria de los ciclones, o a Abisinia? Para estos dos países aún no hemos buscado investigadores.

«Abisinia. Kolia Bibikin. Los ambos...» —me cruzó de pronto por la imaginación y respondí sin titubear:

—Pues claro que a Abisinia.

...Cuando puse los pies en la llana costa coralino arenosa del Mar Rojo y divisé en el horizonte el muro azul de montañas con picos plateados, me pareció rejuvenecer veinte años y grité, dejando perplejos a mis compañeros:

—¡Ambo!

Nos adentramos en un angosto país ubicado entre la orilla del mar y una hilera de rocas, surcado por multitud de riachuelos y cubierto de cerros poblados de tamarindos siempre verdes.

Mucho de lo que vi en aquel país me pareció completamente distinto de como me lo había figurado durante la infancia. Pero la realidad había superado todas mis ilusiones infantiles. Allí había algo más interesante que los ambos. Ahora me iba fijando en la temperatura, en los vientos y en el clima, cosas que, de pequeño, me tenían sin cuidado. Y en este aspecto, Abisinia es un país muy interesante. En el rincón donde está la capital-aldea y reside el descalzo Negus Negust (rey de reyes), es eterna la primavera. En julio, que es allí el mes más frío, hace mejor temperatura que en mayo en Moscú; y el mes abisino más caluroso es más fresco que el de julio en Moscú. En lo alto de la meseta del Tigré se hiela uno por la noche, y a su pie, al este, se extiende el desierto de Afar, uno de los más tórridos del mundo.

Lo que más me interesaba eran las lluvias periódicas, sin las que hubiera sido imposible toda la cultura egipcia. Los sabios sacerdotes del antiguo Egipto no se propusieron descubrir la verdadera causa de los desbordamientos del Nilo, que fertilizan toda la cuenca; lo único que sabían era aprovechar bien las riadas, construyendo una maravillosa red de canales, presas de contención y esclusas reguladoras del caudal. Desconocían la causa del color verde sucio del Nilo al principio de la crecida, y del rojizo matiz que adquirían luego sus aguas. Eso era obra de los dioses. Hoy conocemos ya a estos dioses. Son los vientos húmedos del Océano Indico que se enfrían en las alturas de Abisinia y se precipitan en forma de terribles lluvias tropicales. Estas lluvias derruían los profundos cañones, transformando la meseta montañosa en una serie de ambos dispersos. Luego los torrentes entran en los desfiladeros, arrastran los desechos, gusanos,

excrementos de las fieras y humus y llevan toda esta verdosa suciedad al Nilo azul y al Atbara, afluente suyo. Una vez que el aguacero ha limpiado toda esta suciedad y abierto una brecha en los carrizales —que detienen el agua y el limo— , las lluvias empiezan a derruir las tierras rojizas, y el agua del Nilo se pone roja, como la sangre. ¡Ay del caminante que se vea sorprendido por las lluvias en un desfiladero en el fondo del valle!

Así, pues, me encontraba ya en Abisinia, en la meseta del Tigré, fumaba una pipa delante de la tienda de campaña y podía deleitarme cuanto quisiera contemplando los ambos. Los euforbios, parecidos a cactos, brillaban como candelabros de oro a la luz del sol poniente; al lado de la tienda de campaña había un grupo de cedros parecidos a sauces. De la aldea contigua nos llegaban melodías de canciones no muy gratas para el oído europeo. Quizás estuvieran celebrando una fiesta. ¿No sería ése el motivo del retraso de Teodoro, mi guía y ayudante abisinio? Había ido a la aldea en busca de algo para mi cena.

—Temo que se haya emborrachado con ghala —dije, sintiendo el hormigueo del hambre en el estómago.

Pero en aquel momento oímos una canción que se aproximaba.

Era Teodoro, que venía un poco alegre. Se presentó con las manos vacías. Meneé la cabeza en señal de reproche y mezclando palabras italianas e inglesas, le reproché que no hubiese traído nada y se hubiese vuelto a emborrachar. Teodoro empezó a santiguarse y dar fe de que no había hecho más que probar el gusto de la ghala. Y no había traído nada porque el notable de la aldea nos invitaba a cenar.

—¡Hay un festín! —dijo Teodoro, chasqueando incluso con los labios. Su albornoz se abrió, descubriendo un robusto pecho. No llevaba camisa. Toda su indumentaria consistía en unos pantalones estrechos y el albornoz. Sólo en los días de frío se ponía, lo mismo que muchos montañeses, el capote de piel. Diríase que su larga faz ovalada de color chocolate, su nariz fina, el rizado cabello y la rala barbita despedían rayos de luz. Y que el origen de esta luz era la obsesión del «gran festín». Pero como yo conocía ya estas comidas y cenas solemnes, no acepté la invitación.

—Ve y dile al notable que mi compañero y yo estamos enfermos y no podemos ir. Luego tráenos tortas.

Teodoro intentó convencernos de que aceptáramos la invitación. Nos aseguró que nuestra renuncia podría enojar al notable de la aldea, y eso nos perjudicaría; pero yo seguí negándome. Entonces Teodoro me guiñó significativamente un ojo y dijo:

—Bueno, ahora te voy a decir una cosa, que te hará cambiar de parecer, Habrá otros convidados blancos a la cena. Un ruso y un alemán.

No lo creí. Eso era una treta de Teodoro para que yo aceptara, pues entonces él, naturalmente, asistiría como criado mío y recibiría su parte. Encontrar en Abisinia a un italiano o a un inglés no tenía nada de extraño, pues sus colonias lindaban con ella, poniendo una barrera entre las posesiones del Negus Negust y el mar. También se podía encontrar a alemanes. Pero ¿un ruso? ¿De dónde podía salir un ruso en Abisinia? Teodoro siguió jurando y perjurando que habría un ruso, llegado de Addis-Abeba con un alemán y había parado en la aldea contigua.

Me picó la curiosidad. Si Teodoro no me engañaba, sería absurdo no aprovechar la ocasión para ver a un compatriota. Además, el hambre no me dejaba tranquilo. No había probado un bocado en todo el día y había caminado unos treinta kilómetros por senderos montañosos.

—Está bien, vamos. Pero si me engañas, prepárate...

En un claro, entre cabañas puntiagudas de paja, se había acomodado un gentío. Como el sol ya se había puesto, los jóvenes habían amontonado leña y encendido grandes hogueras para alumbrar aquel festín que se celebraba a una altura de dos mil metros. En medio de un gran círculo estaba sentado un anciano de cara arrugada, pero absolutamente negro el cabello: los abisinios casi no encanecen. A su izquierda, el sitio estaba desocupado; y a su derecha había dos europeos: uno de ellos era un hombre apuesto de barba castaña y bigotes lacios; el otro, un pálido joven pelirrojo.

El anciano, que era el notable de la aldea, me señaló el sitio desocupado a su lado y me lo ofreció. Yo me incliné ante él y me senté en el sitio señalado. Tenía grandes deseos de sentarme al lado del europeo de envidiable color de cara y barba castaña y hablar con él. Pero entre nosotros dos estaba sentado nuestro hospitalario anfitrión, quien, como todos los abisinios, hablaba hasta por los codos: se llamaba Juan, o. como él mismo pronunciaba, «Ian». Aún no habían traído la vianda a la mesa, y, mientras tanto, Ian, nuestro anfitrión, nos entretenía, hablando principalmente al comensal de la derecha y haciendo alarde de su erudición. Decía que sabía perfectamente lo que pasaba en el mundo. Que existía Abisinia y existían, además, Europia y Turquía. Europia no estaba mal, pero tampoco demasiado bien, puesto que no reinaba en ella un Negus Negust. Por otra parte, según se había enterado hacía poco, existía, además, Grecia, «el mayor Estado del mundo»...

Entre tanto, había «servido» el primer plato. Dos jóvenes abisinios, bastante bien parecidos, trajeron una vaca, tirándola de los cuernos. Le ataron las patas. Un viejo abisinio tomó un cuchillo, pinchó a la vaca en el cuello y vertió varias gotas de sangre. Luego la derribaron al suelo. Un joven abisinio, armado con un afilado cuchillo curvo, hizo un corte en la piel de la vaca viva, le desolló un trozo de lomo y empezó a cortar angostos filetes de carne palpitante. La vaca se puso a mugir haciendo tanto ruido como la sirena de un vapor que naufraga. El mugido acaso acariciara el oído y excitara el apetito de Ian, pues la boca se le hacía agua. Las mujeres tomaban los palpitantes trozos de carne, los desmenuzaban, les echaban sal y pimienta, los envolvían en tortas y los llevaban a la boca de los comensales. El europeo de la barba castaña dio las gracias, pero rechazó el trozo que le ofrecieron. Explicó que a nosotros, los europeos, la ley nos prohibía comer carne cruda, y por eso comeríamos cordero asado. De improviso me habló a mí en ruso:

—Si no me equivoco, usted es compatriota mío. No coma usted tampoco carne cruda. Por esa causa todos los etíopes padecen de solitaria y lombrices. Y si no hicieran purgas generales todos los meses, comiendo flores y frutos de una planta vermífuga del país, muchos de ellos de seguro que sucumbirían, devorados por los parásitos.

Seguí de buen grado el consejo y pedí un trozo de cordero asado. Mi compatriota masticaba el suyo, haciendo tanto ruido con la boca como sólo saben hacer los abisinios educados. Confieso que yo no sabía que el hacer ruido con la boca al comer es una regla de urbanidad.

Cuando todos quedaron satisfechos, se sirvió una bebida embriagadora local llamada fedze. Ian hizo que le echaran un poco de fedze de la vasija al cuenco de la mano, y se lo bebió para mostrar que la bebida no estaba envenenada; luego la ofrecieron a los invitados.

El infausto «plato» seguía mugiendo. Los mugidos rompían el silencio de los campos y desfiladeros del contorno. De las aldeas contiguas empezaron a acudir huéspedes. El agónico mugir de la vaca les servía como señal de llamada. Los

huéspedes fueron acogidos con afabilidad y participaron en la *devoración* de la vaca viva. Al poco rato estaba ya descarnado todo el lomo del animal, que forcejeaba convulsivamente con las patas, a lo que no prestaban la menor atención ni los hombres ni las mujeres. En cuanto a los niños, las convulsiones de la res les entusiasmaba.

Ian tardó poco en embriagarse. Tan pronto entonaba canciones religiosas como aullidos de lobo hambriento, como se reía quedo de algo.

Al fin llegaba a su término aquella tediosa velada. El ruso se irguió y me hizo una seña con la cabeza. Seguí su ejemplo. Tras dar las gracias al anfitrión, pidió permiso para llevarse la cabeza de la vaca. Ian accedió con mucho gusto. Mandó a uno de los jóvenes que cortara la cabeza al animal, pero el ruso tomó el cuchillo de las manos del joven e hizo él mismo la operación, por cierto con rapidez y habilidad extraordinarias, lo que le valió el elogio de todos. La desgraciada res dejó de mugir, y sus patas se estiraron. Pensé que mi compatriota lo había hecho por compasión, para acabar con los tormentos del animal.

—Vamos a presentarnos —dijo, tendiéndome la mano para despedirse—. Soy el profesor Wagner. No tenga reparo en venir a visitarme a mi choza. Es aquella, ¿la ve? —y señaló hacia dos tiendas grandes, a un extremo de la aldea, débilmente iluminadas por la lumbre de las hogueras mortecinas.

Le agradecí la invitación y nos despedimos.

2. La muerte de Ring

Al otro día, cuando terminé mi trabajo, fui a visitar al profesor Wagner.

—¿Se puede? —interrogué, delante de la tienda.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —respondió alguien en alemán.

La puerta de la tienda se entreabrió y asomó la cara del pelirrojo.

—¡Ah, es usted! Entre, tenga la bondad —dijo—. Siéntese. El profesor Wagner está ocupado, pero se desocupará pronto.

Y el locuaz alemán empezó a darme conversación para entretenerme.

Se llamaba Rescher. Enrique Rescher. Era el asistente del profesor Turner, conocido botánico y viejo amigo del profesor Wagner. Ambos profesores habían venido juntos a África. Wagner había ido a la cuenca del Congo a estudiar la lengua de los monos, y Turner había emprendido una expedición con Alberto Ring y un guía a la región del Tigré.

—Turner y el profesor Wagner se despidieron en Addis-Abeba y convinieron en reunirse allí de nuevo —prosiguió Rescher—. El profesor Turner tenía la base principal en Addis-Abeba, donde me encontraba yo. Turner me enviaba colecciones de plantas; yo hacía herbarios y análisis microscópicos. Wagner y Turner prometieron regresar antes de que empezaran las lluvias estivales, que, como usted sabe, caen aquí en julio y agosto. Wagner regresó a tiempo, a fines de junio. Trajo mucho equipaje y todo un parque zoológico. ¿Oye usted cómo gritan los monos? El profesor Wagner nos dijo que se había encontrado en las selvas congoleñas con la expedición de un lord inglés que murió al poco tiempo y tuvo que procurarse de su equipaje y de sus monos. Decidió enviárselos a los familiares del difunto lord.

»Las lluvias empiezan ya a fines de junio. Si Turner no quería arriesgarse a que lo sorprendieran las terribles lluvias tropicales en las montañas, debía apresurarse. Lo estábamos esperando de un día para otro, pero no regresaba. Tampoco volvía Ring, que hacía de intermediario entre Turner y yo, trayéndome de tiempo en tiempo colecciones. Pasó julio. Llovía a cántaros. Nuestras

magníficas tiendas de campaña no podían resistir y dejaban pasar el agua. A pesar de todo, en ellas se estaba mejor que en las viviendas de los aborígenes. Cada día era mayor la inquietud por la suerte del profesor Turner, Alberto Ring y el guía. ¿Habrían perecido?

»Un buen día, a principios ya de agosto, oí al amanecer entre el ruido de la lluvia algo así como un gemido o un aullido tras la lona de la tienda. Usted sabe la de perros que se ven por las ciudades abisinias. Y por la noche, los chacales y las hienas entran a menudo en las ciudades. Pues estas fieras y los perros son los únicos barrenderos y sanitarios de las sucias ciudades-aldeas del país. El gemido ahogado se repitió. Me vestí deprisa y salí de la tienda. Delante de la entrada vi el cuerpo de un hombre. Era Alberto Ring, ¡pero en qué estado! La ropa, hecha jirones y manchada, apenas le tapaba las carnes. Tenía la cara llena de moraduras, y en la cabeza se le veía una profunda herida. Metí a Ring en la tienda.

»Wagner no duerme nunca, y oyó en el acto que en mi parte de la tienda de campaña pasaba algo raro. Al ver a Ring herido, empezó a hacerle volver en sí. Pero el pobre Ring parecía haber expirado ya. Las fuerzas le habían llegado sólo para arrastrarse hasta nuestra tienda.

»Wagner le puso una inyección de alcanfor para reanimarle el corazón, pero no surtió efecto. *«¡Aguarda, que te voy a hacer hablar!»*, dijo Wagner, se acercó deprisa donde pendía una cortina, la corrió y volvió con una jeringuilla en la mano. Inyectó no sé qué líquido a Ring, y éste abrió los ojos. *«¿Dónde está Turner?* —le gritó Wagner—. *¿Está vivo?». «Sí, está vivo* —repuso en un susurro Ring—. *Necesita ayuda... Está...»*. Ring volvió a desvanecerse, y Wagner ya no podía hacer nada más. *«Ha perdido demasiada sangre* —dijo Wagner—. *Lo de la sangre no es un obstáculo, pues podríamos hacerle una transfusión, tomándosela a un mono. Pero Ring tiene el cráneo roto y una lesión cerebral. No podemos sacarle nada más. ¡Qué le hubiera costado haber vivido cinco minutos más! Me quedé sin enterarme dónde estaba mi amigo Turner». «¿Lo enterraremos?»* —pregunté—. *«Pues claro* —respondió Wagner—*, pero antes le haré la autopsia. Tal vez obtengamos algún dato. Ayúdeme a llevar el cadáver a mi laboratorio»*.

»Era tan ligero el cadáver que lo hubiera podido llevar sin dificultad uno solo de nosotros, pero no está bien llevar al hombro el cadáver de una persona como si fuera una res. Trasladamos el cadáver entre los dos y lo colocamos encima de la cama de disección. Yo me retiré, y el profesor empezó la autopsia. Probablemente, los padres de Ring no hubieran permitido que le hicieran la autopsia, pues eran muy religiosos. Pero estaban lejos, y Wagner... no me hubiera hecho caso y hubiera obrado como creyera conveniente.

»Aquel día no vi a Wagner hasta la tarde, cuando salió para tomar un tarro de nuestro almacén, que estaba en la tienda de campaña contigua. *«¿Se ha enterado de algo?»* —le interrogué—. *«Me he enterado de que la herida de la cabeza tiene los bordes desiguales, en el pelo he encontrado un trocito de cieno, y en el cuerpo muchos cardenales y magulladuras. Lo más probable es que los torrentes de la lluvia hayan sorprendido a Ring en algún cañón y lo hayan arrastrado. Su cuerpo ha venido golpeándose contra las piedras y los muros de las peñas. Ha logrado, no se cómo, librarse del torrente y llegar hasta nosotros. Tenía un organismo muy fuerte. Ha tenido que recorrer muchos kilómetros con esta herida en al cabeza». «¿Y el profesor Turner?»*, pregunté. *«De él, sé tanto como usted. Pero a Ring le ha dado tiempo a decir que vive y, por lo visto, espera nuestra ayuda. Debemos ponernos en camino inmediatamente hacia el Tigré en busca de Turner». «Eso es*

absurdo —objeté—. *El Tigré es una región inmensa de la vieja Abisinia con más de mil ambos y mil cañones. ¿Dónde hemos de buscarlo?»*

»¿Verdad que yo estaba en lo cierto? —Me interrogó Rescher—. Su profesor Wagner suele ser brusco. Me dijo con rudeza que si no deseaba ir, podía quedarme en Addis-Abeba. Yo, claro, le respondí que partiría con él. Y el mismo día, mejor dicho, la misma tarde, tras enterrar a Ring, nos pusimos en camino. Dejamos los monos y el equipaje del difunto lord en Addis-Abeba y emprendimos la marcha con poca carga. Pero eso es un decir. Porque el profesor Wagner no puede ir a ningún sitio sin su laboratorio. Cargó con una tienda bastante grande, usted la ha visto, y yo me llevé ésta para mí.

—Bien, ¿y qué tal les fue en la búsqueda?

—Por supuesto, sin resultado —repuso Rescher con cierto dejo malicioso.

Me pareció que no le tenía mucha simpatía a Wagner.

—Me espera en casa mi novia —confesó Rescher—, y deambulamos aquí sin ton ni son por las montañas. ¡Pobre Ring! Él también tenía novia.

3. El cerebro parlante

En aquel momento se corrió la lona de la puerta, y en el umbral apareció Wagner.

—Buenas tardes —me saludó atento—. ¿Qué hace usted aquí? Vamos a mi tienda—, y pasándome un brazo por encima de los hombros, me condujo allá.

Rescher nos siguió.

Examiné con curiosidad la tienda-laboratorio de Wagner. Había en ella aparatos e instrumentos testimonios de que Wagner se dedicaba a las más distintas ramas de la ciencia. Al lado de aparatos de radio había vasijas químicas de vidrio y porcelana, microscopios, espectroscopios y electroscopios. Muchos aparatos no sabía para qué servían.

—Tome asiento —me invitó Wagner.

Él se sentó en una silla de campaña ante una mesita puesta entres dos mesas grandes, llenas de aparatos, y empezó a escribir. Al mismo tiempo me hablaba, dirigiéndome miradas con un ojo. Para extrañeza mía, resultó que sabía mucho más de mí que yo de él. Enumeró todos mis trabajos científicos e incluso hizo algunas advertencias que me extrañaron por su tino y profundidad, sobre todo por que Wagner era biólogo, y no meteorologista.

—Dígame, ¿podría ayudarme a una cosa? Me parece que con usted haríamos antes la cosa.

«¿Que con quién?», tuve la intención de interrogarle, pero me contuve.

—Pues verá usted —prosiguió Wagner—. Enrique Rescher es un joven muy simpático. No inventará la pólvora, pero se hará un sistematizador honesto. Es uno de los que en la ciencia recogen y amontonan datos sin elaborar para los futuros genios, que iluminan de golpe con una idea mil cosas incomprensibles hasta entonces, unen las partes en un todo y lo sistematizan todo. Rescher es un peón de la ciencia. Pero no se trata de eso. A cada uno, lo suyo. Es un producto de su medio ambiente. Un hijito ordenadito de unos ordenaditos papas *pequeño burgueses* llenos de prejuicios. Los domingos por la mañana canta bajito los salmos, y después de comer toma café, preparado según el método de su venerable mamá, y se fuma el tradicional cigarro puro. ¿Cree que no me di cuenta de cómo me miró porque hice la autopsia al cadáver de Ring? —Wagner se echó a reír de pronto—. ¡Si Rescher supiera lo que hice! No me limité a abrir la caja craneal de Ring, sino que le saqué el cerebro y decidí anatomizarlo. Jamás dejo

perder una ocasión. Cuando saqué a Ring el cerebro y le vendé la cabeza, Rescher y yo enterramos el cadáver sin los sesos. Rescher musitó ante la tumba unas oraciones y se alejó erguido. Y yo me dediqué a estudiar el cerebro de Ring.

»En Addis-Abeba no se encuentra hielo para conservar el cerebro en frío. Hubiera podido guardarlo en alcohol, mas, para mis experimentos, me hacía falta un cerebro completamente fresco. Entonces pensé: ¿por qué no mantener la vida en él, nutriéndolo con una solución fisiológica de invención mía que sustituye plenamente a la sangre? Así podría conservar el cerebro una infinidad de tiempo. Me proponía cortarle por encima capas finísimas y someterlas a análisis microscópicos y de otra índole. Lo más difícil era idear para el cerebro una «tapa» que hiciera de protectora ideal contra una infección. Va a ver que he logrado resolver este problema con mucho acierto. Metí el cerebro en una vasija especial y empecé a nutrirlo. Desinfecté bien la parte lesionada y empecé a. curarla. A juzgar por la cicatrización del tejido, el cerebro seguía viviendo lo mismo que vive, por ejemplo, en condiciones artificiales, un dedo amputado.

»Mientras trabajaba el cerebro de Ring, no dejaba de pensar en la suerte de mi amigo Turner. Fui a buscarlo, vivo o muerto, y me llevé con mi laboratorio de campaña el cerebro de Ring. Confiaba que lograríamos encontrar las huellas de Turner. Él había caminado por lugares bastante habitados. Habría comprado comestibles en las aldeas que encontrase en su ruta y, de esa manera, podría preguntar por él a los habitantes de los lugares. Avancé rápido con Rescher, y a los pocos días estaba ya en las alturas del Tigré.

»Una tarde me decidí a hacer el primer corte de prueba del cerebro de Ring. Y cuando ya me acerqué con el escalpelo en la mano, me detuvo una idea. Pues, si el cerebro vivía, podía sentir dolor. ¿No era demasiado cruel mi operación? ¿No iba a hacer correr al cerebro de Ring la misma suerte que la pobre vaca que descuartizan lentamente y devoran los aborígenes en sus festines, como usted vio anoche? Titubee. En fin de cuentas, el interés científico sin duda hubiera prevalecido sobre el sentimiento de compasión. Yo no tenía en mis manos a un hombre vivo, sino un trozo de «carne», nada más. Los humanistas están contra la vivisección. Mas, ¿acaso diez conejos «torturados» por los científicos no salvan miles de vidas humanas? ¿Y nuestros platos de carne? ¡No valía la pena pararse a pensar en ello! Ni corto ni perezoso, volví a acercar el escalpelo al cerebro, y me volví a detener. Otra idea, aún no clara del todo, me obligó a reflexionar y esperar que se alzara de los oscuros abismos de la subconciencia a la superficie de la conciencia. Instantes después en mi conciencia brotó la siguiente idea: *«Si el cerebro de Ring sigue viviendo, no sólo es capaz de sentir dolor. Una de sus funciones es la de pensar. ¿Y si el cerebro de Ring siguiera pensando? ¿En qué podría pensar? ¿No se podría intentar averiguarlo, estableciendo un enlace con él? Pues Ring expiró, sin tiempo para decirnos dónde estaba Turner y qué le había pasado. ¿No lograría arrancarle este secreto al cerebro de Ring? Si el experimento salía bien, mataría dos pájaros de un tiro: resolvería un interesante problema científico y quizás pudiera salvar a mi amigo».*

—¿Ambo? —le sugerí, sonriéndome.

Wagner se detuvo a pensar un instante, se sonrió y repuso:

—Sí, ambo, pero no el abisinio, sino el de la lotería. Dos premios a la vez. En el aspecto científico, el experimento prometía muchísimas cosas interesantes, y puse manos a la obra con entusiasmo. Y había muchas cosas que hacer y determinar. Tenía que inventar el medio de entablar comunicación con el cerebro que, naturalmente, no podía ver ni oír; quizás sólo sentir. Acaso fuera tan difícil como establecer comunicación entre los marcianos y los selenitas sin conocer su

idioma. Debo decir, además, en secreto, que Ring, cuando estaba en «plena forma», no se distinguía por una gran inteligencia. Una vez Turner me contó que a Ring lo habían capturado unos antropófagos y volvió vivito del cautiverio, en tanto que a sus dos compañeros se los comieron. *«Eso fue porque los caníbales se convencieron de lo tonto que era Ring* —explicó Turner en broma— *y temieron comérselo por si se contagiaban. Pues el canibalismo no apareció debido al hambre, sino a la creencia de que, si uno se comía a su enemigo, podía adquirir sus virtudes»*.

»Así, pues —prosiguió Wagner—, tuve que trabajar con un material muy difícil. Pero las dificultades nunca me detienen. Buscando una salida, pensé que en el cerebro, durante su funcionamiento, se producen complejos procesos electroquímicos, acompañados de la emisión de ondas electromagnéticas cortas. Hacía ya dos años que había construido un aparato, mediante el cual el cerebro podía percibir las ondas galvánicas emitidas por el cerebro pensante. Inventé incluso un aparato automático registrador de la línea sinuosa de estas oscilaciones. Mas, ¿cómo traducir esta línea a la lengua humana? Ahí encontré enormes dificultades. Me convencí de que una misma idea se transmitía gráficamente de distinta manera según fuera el estado de ánimo de la persona. Por lo visto, había que aprender a leer no pensamientos completos, y ni siquiera palabras sueltas. Había que seguir otro camino: llegar con el cerebro a un acuerdo acerca de las letras y crear un alfabeto peculiar en el caso de que cada letra, en la que fuese a pensar el cerebro, emitiera una onda galvánica clara, distinta de las otras, y quedara registrada con trazo visible en mi aparato. En suma, que me encontraba en la situación del recluido aislado en una celda de castigo que, sin conocer el alfabeto de la cárcel, quiere entrar en comunicación con los presos de la celda contigua golpeteando.

»Todo eso aún lo tenía por delante. Ante todo, debía averiguar si el cerebro de Ring emitía ondas galvánicas; dicho de otra manera; si poseía función «mental» o si su vida consistía únicamente en la existencia física de las células. En teoría, el cerebro debía pensar. Hice un receptor de gran precisión y lo conecté al cerebro. La cuestión es que el cerebro emite ondas galvánicas muy débiles. Y para que no se debiliten más aún, esparciéndose en el espacio, decidí reunir, en la medida de lo posible, toda la energía galvánica emitida. Para ello cubrí el cerebro de Ring con una rejilla metálica, unida a mi aparato por un hilo. El cajón en el que se encontraba el cerebro estaba aislado de la tierra. Las ondas galvánicas, al llegar al receptor, debían transmitirse a un sensible aparato de registro automático. La fina aguja escribía en una cinta cinematográfica de paso, cubierta con un barniz especial. Opté por la cinta cinematográfica sólo porque me pareció un material adecuado. ¡Oh, si Rescher me viera hacer todo esto! Se indignaría de ver el sacrilegio.

Wagner se calló, y yo lo miré impaciente, sin detenerme a cortar, con mi pregunta, el curso de su pensamiento.

—Sí —prosiguió Wagner—, el aparato registró la emisión de ondas galvánicas; la aguja trazó en la cinta datos incógnitos, como un sismógrafo que registra las oscilaciones del suelo. El cerebro de Ring pensaba. Pero seguía siendo para mí un misterio bajo siete llaves. Tengo una memoria fenomenal, y todo lo que pasaba en la cinta quedaba grabado en mi cabeza. Y dediqué el hemisferio izquierdo, el mejor de mi cerebro, exclusivamente a descifrar esta escritura desconocida. *«Champollion no sabía más que yo cuando se puso a descifrar los jeroglíficos egipcios y, a pesar de todo, consiguió leerlos. ¿Por qué no he de poder yo descifrar los jeroglíficos del cerebro de Ring?»*, pensé. Pero no lo conseguía durante mucho

tiempo. Aún sin saber leerlos, me di cuenta de que algunos signos se repetían varias veces. Y se repetía con particular frecuencia una señal determinada.

»Aún no sabía qué significaba. Pero la reiteración de unos mismos signos brindaba ya puntos de apoyo para seguir trabajando. Miré las líneas zigzagueantes de la cinta y pensé qué significarían. El cerebro de Ring no percibía ninguna impresión del mundo exterior. Se encontraba sumido en una oscuridad y un silencio eternos, lo mismo que un sordomudo y ciego. Pero podía vivir de recuerdos. Tal vez aquel zigzag de la cinta fuese el recuerdo de su bienamada... *«Admitamos que consiga descifrar estos jeroglíficos»*, pensé. *«Entonces se abrirá ante mí el mundo interno del cerebro, el último refugio del* «alma»*. Esto es muy interesante en el aspecto científico».* Pero yo no perseguía sólo un fin científico, sino práctico. Tenía que interrogar al cerebro de Ring dónde estaba Turner y qué le había ocurrido. Por consiguiente, ante todo debía conseguir que el cerebro de Ring aprendiera a comprenderme: pero ¿cómo? Creí que el camino más sencillo era la excitación mecánica del cerebro. Levanté la «caja craneal» y empecé a oprimir con un dedo enfundado en un dedil de goma esterilizada la superficie del cerebro. La primera opresión fue breve; y la segunda, más prolongada. Eso debía corresponder al punto y raya, dicho de otro modo, a la letra «a» del alfabeto Morse. Ring podía no conocer todo el alfabeto. Pero «punto y raya» probablemente lo conociera. Repetí la manipulación varias veces, con intervalos, y luego pasé a la segunda letra del alfabeto latino. Para la primera lección, el cerebro tenía bastante con recordar cuatro letras: a, b. c. d.

Al mismo tiempo, yo observaba la cinta. Durante esta original lección, aparecieron en ella otros trazos y líneas nuevos de amplitud oscilatoria más normal. Deduje que mis señales, al menos, habían llegado hasta el cerebro de Ring. Tal vez estuviera asustado de las opresiones, acaso las recibiera con dolor. Como quiera que fuese, el cerebro reaccionaba. No quedaba sino repetir las lecciones, mientras el cerebro no se diera cuenta de que no eran unas excitaciones casuales. ¡Ay, si comprendiera lo que se quería de él! Por desgracia, mi singular discípulo resultó bastante torpe. Turner tenía razón. Yo quería lograr una cosa: que a mi señal opresiva de «puntos y rayas», el cerebro respondiera con una onda galvánica, registrada en la cinta por un signo correspondiente a la impresión del tacto. En lo sucesivo, al presentar una u otra letra o reproducir la sensación correspondiente al oprimir yo esta letra, el cerebro podría darme, por su parte, la señal de una letra tras otra y, de esa manera, conversar conmigo.

»No enumeraré todas las etapas de éste trabajo difícil y escrupuloso. Sólo diré que mi obstinación e inventiva pasaron por pruebas inmensas. Mas, con paciencia e intenso trabajo todo se alcanza. El cerebro de Ring terminó por hablar. Días después Ring fue repitiendo, detrás de mí, las letras, es decir, que al pensar en ellas, emitía una onda galvánica determinada que se reflejaba en la cinta con una señal particular. Le «dicté» las letras espaciadas, y el cerebro las fue reproduciendo bien. La cosa estaba hecha. Pero, ¿comprendería el cerebro el significado de las opresiones, los ligaría con las letras? «Dicté» la palabra «Ring» y esperé que el cerebro la repitiera, letra por letra. Pero me llevé una sorpresa, al ver que en la cinta estaba escrito «Yo». Por lo visto, Ring había respondido «Sí, Ring, soy yo». La respuesta me alegró tanto, que estuve dispuesto a admitir la idea de que los antropófagos se equivocaron al desechar los sesos de Ring. Eran más listos estos sesos de lo que yo me figuraba. Luego la cosa siguió mejor. Unas pruebas más, y pude conversar ya. Los laureles de Champollion no me daban ya envidia, si bien de los míos nadie sabía nada. Quería saber al mismo tiempo dónde estaba Turner y qué pensaba y sentía el cerebro de Ring.

Pero, como los intereses del hombre vivo deben estar en primer plano, pregunté al cerebro por Turner. La aguja se movió sobre la cinta, y el cerebro me envió un telegrama: *«Turner está vivo. Nos sorprendieron en el valle las lluvias tropicales». «¿Dónde?»* —telegrafié al cerebro, oprimiendo con el dedo puntos y rayas. El cerebro me indicó con bastante exactitud el itinerario, y por este camino hemos llegado aquí, a este campamento. *«Vaya al norte, hasta Adua, y siete kilómetros antes de llegar, tuerza a oriente...»*, ésta era la dirección principal. Pero más allá... Si Ring viviera, tal vez supiera guiarnos hasta el lugar. Mas tampoco sabría explicarnos dónde estaba Turner, lo mismo que no podía explicarlo en tal estado. Un alto ambo. Escarpados bordes a cantil. Un profundo desfiladero... Miles de ambos y desfiladeros se parecían al descrito. Yo había hecho lo imposible: había obligado a hablar al cerebro de Ring una semana después de su muerte; sin embargo, no podía sacarle los datos que precisaba. Me pasé con él horas enteras haciendo pruebas. Y, por lo visto, se cansó, pues no respondió a mis preguntas durante cierto tiempo, y luego me interrogó él mismo algo que me dejó perplejo: *«¿Dónde estoy y qué me pasa? ¿Por qué está oscuro?»*

»¿Qué podía responderle? Una parte del cuerpo de Ring seguía considerándose, por lo visto, el cuerpo entero. Temía decir a los restos de Ring que había muerto ya algún tiempo atrás y que de él no había quedado sino el cerebro. Tal vez la respuesta fuese un golpe para la conciencia de Ring, el cerebro de éste no pudiera dar cabida a esta idea y perdiera el juicio. Y decidí recurrir a una argucia: responder a la pregunta con otra pregunta: *«¿Y qué siente usted?»*, interrogué al cerebro, como si yo fuera un médico. Y el cerebro se puso a «hablarme» de sus impresiones. No veía ni oía. Tampoco sentía ni el olfato ni el gusto. Notaba un cambio de temperatura. De vez en vez tenía «frío en la cabeza» (Usted sabrá que las noches en Abisinia son bastante frías, alcanzando treinta y más grados la diferencia entre la temperatura del día y de la noche. Aunque yo protegí el cerebro de los efectos exteriores de la temperatura con un «cráneo» artificial, el cerebro sentía los cambios de temperatura). Percibía, además, cuando yo le oprimía el «parietal». Así mismo lo dijo: *«Alguien me oprime el parietal». «¿Y no le duele?»*, le interrogué yo. *«Un poco. Se me duermen los pies».*

»¡Figúrese, qué cosa más interesante! Precisamente en las circunvoluciones superiores de la corteza cerebral están los nervios que rigen los movimientos y responden a las sensaciones de la parte inferior del cuerpo hasta las puntas de los dedos. Así, pues, obtuve la posibilidad de comprobar todos los sectores del cerebro desde el punto de vista de la localización de tales o cuales sensaciones.

Wagner alcanzó un libro de la estantería, lo abrió y me enseñó un dibujo.

—Vea usted, aquí están dibujados los centros nerviosos. Oprimí diversas circunvoluciones y cisuras e interrogué al cerebro qué sentía: *«Veo una luz difusa»*, respondió cuando empecé a oprimir el nervio óptico. *«Oigo ruido»*, respondió a la excitación del nervio acústico. Usted sabe que cada nervio responde a las diversas excitaciones con una sola reacción: el nervio óptico, lo excite usted con lo que quiera, con luz, opresión o galvanismo, comunica al cerebro la sensación de luz. Otro tanto ocurre a los demás nervios. No tiene nada de extraño que mis opresiones provocaran en el cerebro ora sensaciones de luz, ora de ruido, según el centro nervioso que yo excitara. Se me ofrecía un campo enorme para las observaciones.

»Mas, ¿en qué pensaba el cerebro durante todo ese tiempo? Eso es lo que me interesaba. Hice al cerebro esta pregunta y para satisfacción mía, me respondió de bastante buen grado. «Ring» se acordaba de todo lo que le había ocurrido (el cerebro de Ring estaba convencido de que vivía todo el cuerpo). Así, pues, me

relató que él, Turner y el guía se pusieron en camino a la meseta del Tigré, decidieron bajar a un profundo cañón, y allí los sorprendió una lluvia torrencial inesperada. Los turbulentos torrentes de agua los arrastraron por el cañón. Se dieron varios golpes fuertes contra las rocas en los angulosos recodos y, por último, fueron a salir a una represa enorme en un amplio valle. Las plantas que crecían en el fondo detuvieron las inmundicias, las ramas y los árboles enteros que arrastraba el torrente, formando un dique inmenso. Los caminantes quedaron empantanados allí. Tenían que librarse de aquello a toda costa, antes que el agua rompiera el dique y los arrastrara con mayor furia aún. Les era imposible llegar a la orilla. El agua se arremolinaba, borbotaba: las ramas, grandes y pequeñas, les trababan los brazos y las piernas. El agua seguía subiendo y saltando ya por encima de la cresta de la presa. Entonces Turner gritó a sus camaradas que la única salida era cruzar el dique y lanzarse abajo, y luego salvarse en un lugar alto, en tanto el agua no había llenado el terreno más abajo del dique. Así lo hicieron. Se deslizaron con gran trabajo por encima del dique y rodaron abajo desde una altura de diez metros. Cayeron encima de piedras agudas. El guía se partió la cabeza y fue arrastrado por el torrente que corría al otro lado del dique; Turner se rompió una pierna y se arrastró a la orilla con enorme trabajo; sólo Ring quedó ileso. Los dos llegaron a una aldehuela pobre, que estaba en lo alto de un ambo. Turner quedó allí acostado, y Ring fue por ayuda a Addis-Abeba. Recorrió sin novedad el camino, y estaba ya a unos diez kilómetros de la ciudad, cuando unos bandidos le tiraron una piedra y lo descalabraron. Mas tuvo fuerzas suficientes para llegar hasta la tienda de campaña de Rescher cuando recobró el sentido. Allí cayó, sin conocimiento. Luego volvió en sí, nos vio a Rescher y a mí, articuló unas palabras y se desvaneció de nuevo. *«¿Y luego qué?»*, interrogué yo con interés. *«Luego* — respondió el cerebro—, *recobré el conocimiento. Pero no veía ni oía nada. Me pareció como si me hubiese metido, atado de pies y manos, en una mazmorra oscura. No me quedaba otra cosa que hacer sino evocar toda mi vida. Entre estas evocaciones ha ido pasando el tiempo...».*

»Pedí varias veces a Ring que me describiese con exactitud el camino del cañón donde los sorprendió la lluvia; pero me lo explicó de manera tan deshilvanada que perdí la esperanza de encontrar a mi amigo, siguiendo esas explicaciones. *«Si yo viera, lo conduciría al lugar donde se encuentra»*, dijo el cerebro. Claro, si viera y oyera, la cosa iría bien. ¿No podría resolver yo este problema? El cerebro no podía percibir más que una sensación indefinida de luz al oprimir el nervio óptico, lo mismo que percibimos manchas y círculos rojos cuando oprimimos el ojo por encima del párpado cerrado. Pero eso no es tener vista. ¿Cómo darle auténtica visión al cerebro?

»Estuve varias horas concibiendo un plan. Pensé en si se podría trasplantar el cerebro de Ring a cualquier animal. La complejidad de la operación no me detenía. Confiaba con coser todos los nervios, vasos y demás tejidos si... encontraba un cráneo de proporciones adecuadas para el cerebro de Ring. En eso mismo consistía todo. Revisé de memoria el volumen y el peso del cerebro de distintos animales, comparándolos con el de Ring. Él de éste pesaba mil cuatrocientos gramos. El cerebro de un elefante pesa cinco mil gramos. Desgraciadamente, el cráneo del elefante tenía demasiada cabida para el cerebro del hombre. El cerebro de la ballena pesa dos mil cincuenta gramos. Eso estaba ya más cerca de lo que yo buscaba. Pero no tenía ninguna ballena al alcance. Por otra parte, ¿qué iba a hacer una ballena entre los ambos de Abisinia? Todos los demás animales tienen un cerebro demasiado pequeño comparado con el del

hombre; el del caballo y el del león, seiscientos gramos; el de la vaca y el gorila, cuatrocientos cincuenta; y el de los restantes monos es más pequeño aún; el del tigre no pesa más que doscientos noventa gramos; el de la oveja, ciento treinta; y el del perro, ciento cinco gramos. Habría sido muy curioso tener un elefante o un caballo con el cerebro de Ring. Entonces él tal vez encontrara el camino al valle. Pero desgraciadamente, era poco verosímil la probabilidad. El problema es muy interesante y tal vez haga alguna vez esta operación. *«Pero ahora* —pensé—, *tengo que alcanzar la meta de la manera más rápida posible»*. He aquí lo que se me ocurrió...

Wagner se puso en pie, se acercó a la cortina que tapaba un rincón de la tienda de campaña, la levantó y dijo:

—¿No quiere entrar en esta sección de mi laboratorio?

En aquel rincón la luz penetraba a través de la tupida lona de la tienda de campaña, por lo que estaba medio a oscuras. Vi el cerebro, envuelto en un tegumento pajizo y transparente, cubierto por una campana de cristal, encima de un cajón. Encima de otro cajón había una vasija grande, llena de un líquido, y en el fondo se veían dos ojos grandes. De los globos oculares partían unos hilos.

—¿No los reconoce? —interrogó, sonriéndose, Wagner—. Son los ojos de la vaca de ayer. ¡Nada más sencillo! Tomo el extremo de este nervio y lo coso al nervio óptico del cerebro de Ring. Cuando restañen estos nervios cosidos, el cerebro de Ring volverá a ver la luz, valiéndose del ojo de la vaca.

—¿Por qué lo dice en singular? —interrogué—. ¿Es que va a dar al cerebro de Ring un solo ojo?

—Pues sí, y le voy a decir el motivo. Nuestra vista tiene una estructura más compleja de lo que usted, por lo visto, se imagina. El nervio óptico no sólo comunica las sensaciones visuales al cerebro. Tiene contactos con toda una serie de otros nervios, particularmente de los que rigen los movimientos musculares del ojo y del habla. Ante tanta complejidad, es una tarea muy difícil dar la vista con los dos ojos. Pues el cerebro de Ring no estará en condiciones de volver la vista en cualquier dirección y juntar la de los dos ojos en un foco. Ya es bastante con que pueda disponer de este órgano, enfocando el ojo. Sin duda, será una vista muy imperfecta. Yo tendré que sujetar el ojo y dirigirlo, como si fuera una linterna, hacia el medio circundante, y el cerebro reconocerá el paraje y podrá dar sus indicaciones del mismo modo imperfecto, mediante el alfabeto Morse. Todo esto supone mucho trabajo. Y lo único que Rescher podrá hacer será molestar. O a lo mejor puede estropear algo. ¡Caramba! ¡Él, que creía en la inmortalidad del alma, y de pronto el alma de su amigo encerrada en esta caja! Por eso decidí obrar con Rescher de la siguiente manera. Le diré que me he convencido de que no tiene objeto seguir buscando a Turner y le propondré que regrese a su patria o que se vaya a donde le venga en gana. Estoy seguro de que Rescher me abandonará de buen grado y se marchará. Entonces tendré libres las manos, si usted accede a ayudarme.

Yo accedí con gran disposición.

—Perfectamente —dijo Wagner—. Espero que por la mañana el cerebro de Ring pueda ver. He descubierto un procedimiento para acelerar los procesos de cicatrización de los tejidos. Para entonces, Rescher se habrá marchado ya, probablemente, de aquí, y nosotros dos nos pondremos en camino en busca de mi amigo. Le ruego que esté listo para emprender la marcha mañana de madrugada.

4. Un guía inusitado

A la mañana yo estaba ya en la tienda de Wagner, quien me recibió con su acostumbrada sonrisa afable y un tanto maliciosa.

—Todo ha salido a pedir de boca —me dijo, al saludarme—. El señor Rescher se ha lamentado cortésmente, según requería el caso, ha exhalado unos suspiros, ha pestañado, se ha consolado deprisa y ha empezado a hacer las maletas en el acto. A medianoche ya no estaba aquí. Yo tampoco he perdido el tiempo en balde, mire.

De la parte frontal del cerebro me miraba el ojo de la vaca. Me miraba fijamente y llegué a sentir miedo.

—El otro ojo lo guardo por si acaso. Se conserva en un líquido especial y no se estropea.

—Y éste, ¿ve? —interrogué.

—Por supuesto —respondió Wagner y empezó a oprimir rápidamente el cerebro (la campana de cristal no estaba puesta) y luego miró la cinta.

—Ve usted —dijo Wagner—, he interrogado al cerebro quién está delante de él, y ha descrito con bastante exactitud su aspecto. Ahora podemos ponernos en marcha.

Decidimos ir a la ligera, incluso sin guía ni mozos de carga. ¡Qué habrían pensado, si hubieran visto un ojo de vaca guiando una expedición! Por si nos topábamos con aborígenes, Wagner enmascaró hábilmente el cajón en el que iba el cerebro, habiendo dejado para el ojo un pequeño orificio nada más. La cinta, que registraba los telegramas del cerebro, fue sacada al exterior, y por ella nos guiábamos si íbamos bien o mal. Ring no nos defraudó: resultó tener una memoria visual bastante buena. Y si bien no estaba en condiciones de describir el camino con palabras, sí resultó ser un buen guía. La posibilidad de ver los parajes conocidos quizás produjera una satisfacción al propio cerebro. Nos dirigía de muy buen grado.

«Recto... A la izquierda... Más... Bajen...».

Descendimos con algunas dificultades a un profundo cañón. Las lluvias estivales habían pasado ya. En el fondo del cañón ya no había agua. Pero el hedor de los cadáveres de animales en descomposición y de las plantas putrefactas era insoportable. La pestilencia impedía a los montañeses bajar al cañón.

«Aquí estaba la presa», dio una señal el cerebro. Del dique, de diez metros de alto, no quedaba nada más que basura, que llenaba el cauce seco. Salimos a una extensa explanada, donde parecían confluir decenas de arroyos y ríos que se llenaban únicamente durante las lluvias, derrubiando las montañas.

Antes de llegar a la aldea, hubimos de cruzar un rodal de bosque con vegetación tan exuberante que nos vimos obligados a dar un rodeo de varias decenas de kilómetros. Hasta los elefantes se rompen a veces los colmillos en selvas como aquélla.

Al fin encontramos al profesor Turner en una pobre aldea abisinia. Estaba en una choza expuesta al viento y la lluvia. Afortunadamente, el tiempo era cálido, y Turner no pasaba frío ni sufría de humedad. Se sentía bastante bien, pero aún le costaba trabajo caminar. Turner se extrañó y se alegró mucho de la llegada de Wagner.

—¿Dónde están Rescher y Ring?

Por suerte, «Ring» no oía nada, y Wagner contó a Turner, sin prejuicios, lo de nuestro extraordinario guía. Turner meneó la cabeza, se quedó pensativo y luego se echó a reír.

—¡Sólo usted es capaz de hacer esas cosas, Wagner! —dijo, dándole unas palmaditas en la espalda a su amigo—. ¿Y dónde está? Enséñemelo.

Y cuando Wagner entreabrió el ojo de vaca, que asomaba del cajón, Turner hizo una reverencia, y Wagner telegrafió al cerebro el saludo de Turner.

«¿Qué me pasa?», interrogó el cerebro de Ring a Turner; pero éste tampoco hubiera podido explicar a «Ring» la extraña enfermedad.

Y ahí se acabó todo. Regresamos a Europa juntos el profesor Turner, Wagner y yo. Rescher llegó antes que nosotros. Perdón, me había olvidado de mencionar a un viajero más: el cerebro de Ring también venía con nosotros. En Berlín nos despedimos de Turner. Al darnos la mano, prometió no decir nada a nadie sobre el cerebro de Ring.

Creo que aún hoy está ese cerebro en el laboratorio del profesor Wagner en Moscú. Al menos Wagner me escribía lo siguiente en la última carta que recibí hace no más de un mes:

> «El cerebro de Ring le envía recuerdos. Está sano y ya sabe que de Ring no ha quedado más que el cerebro. La noticia no le ha sorprendido tanto como yo esperaba. *«Más vale así que de ninguna manera»*, esa fue su respuesta. He hecho numerosas observaciones valiosísimas. Entre otras cosas, las células del cerebro han empezado a multiplicarse. Y el cerebro de Ring pesa ya tanto como el de una ballena. Pero no por eso es más listo...».

Wagner escribió en la narración:

> «Pueden vivir e incluso crecer no sólo los tejidos, sino órganos enteros, amputados del cuerpo humano. Algunos médicos (Brown-Sequard, Carrel, Kravkov, Briujonenko, Chechulin y otros) han devuelto la vida a dedos, orejas, el corazón y aún la cabeza de un perro. Nutriéndolos con sangre o una solución de composición química próxima a la de la sangre, llamada solución fisiológica, los tejidos y los órganos puede vivir mucho tiempo, los tejidos incluso años. Por eso la reanimación del cerebro es algo perfectamente admisible desde el punto de vista científico».

Pero dudo que con un cerebro reanimado se pueda entrar en conversación. El cerebro y los nervios, al funcionar, emiten, efectivamente, ondas electromagnéticas. Esto es algo comprobado a ciencia cierta por los trabajos de los académicos Béjterev, Pavlov y Lazarev. Pero aún no hemos aprendido a «leer» estas ondas. He aquí lo que escribe el académico Lazarev a este respecto en una de sus obras:

> «Por ahora podemos sólo afirmar que las ondas existen, pero no podemos aclarar estrictamente cuál es su papel».

Me alegraría muchísimo si lograse reanimar el cerebro de Ring y entablar con él conversaciones, pero, desgraciadamente, esta posibilidad no pasa de ser una previsión científica.

FIN